

Tradiciones y dicotomías en la historia de las ciencias sociales y humanas. Algunas reflexiones sobre el rol intelectual de los científicos sociales en Argentina.

Publicado en el Boletín Electrónico de FLACSO- Argentina, Abril 2008.

Por Diego Pereyra,

El conjunto muy amplio de reflexiones sobre la labor de los intelectuales tiene hoy una creciente presencia académica en Argentina. En los últimos quince años, una serie de investigaciones sobre la historia de las disciplinas, los avatares y la dinámica de las instituciones universitarias y la emergencia de campos profesionales se ha insertado con cierto éxito en la agenda local de investigación en ciencias sociales. Ello ha coincidido con una expansión institucional sin precedentes en las ciencias sociales nativas, que se manifiesta básicamente en la consolidación de un proceso de institucionalización de larga data (muy complejo y problemático, por cierto), a través de la creación de instituciones de postgrado y la profesionalización de la carrera académica, por la novedosa expansión de un sistema de becas financiado con fondos locales. Este crecimiento cuantitativo no ha librado a las ciencias (mal) llamadas blandas de sus problemas institucionales, sobre todo, cuando desde la máxima autoridad de la política científica se ha tildado (¿con razón?) a sus practicantes de teólogos. En este contexto, resulta apropiado interrogarse sobre el peso de ciertas tradiciones en el trabajo intelectual y la posible inutilidad de ciertas dicotomías para pensar el rol de los científicos sociales en el país.

Primero, es necesario referirse a una tensión inherente a las disciplinas que estudian al ser humano y el mundo social, la cual se expresa en la división cognitiva (pero muchas más veces institucional) entre las ciencias sociales y las ciencias humanas. Esta separación se explica por razones (y fuertes batallas) ontológicas, epistemológicas y metodológicas, a la vez que por una diferente concepción de la naturaleza humana, que por cuestiones de espacio no es posible detallar aquí. Esta distinción atraviesa muchas de las discusiones sobre lo que es o debería ser un intelectual, poniendo en una incómoda situación a sociólogos, antropólogos, historiadores..., aunque los economistas se han salvado de esta tensión (pero no de otras). En este sentido, el conjunto de estas disciplinas ha heredado ambas tradiciones y debe lidiar con una serie de preguntas yuxtapuestas. Muy probablemente, la sociología sea el campo disciplinario que expresa con mayor claridad esta tensión de ser la hija bastarda de las humanidades y las ciencias sociales, ya que legó el objeto de investigación de las primeras y se le otorgó el método de las segundas.

Por este motivo, las ciencias sociales (y, en menor medida, las humanidades) deben convivir simultáneamente con dos tradiciones divergentes. Por un lado, ellas forman parte de la tradición intelectual más clásica que las habilita a participar de los debates sobre los principales y más acuciantes problemas del mundo contemporáneo a partir de un fuerte compromiso ético- moral y el uso de mecanismos de descubrimiento y explicación basados en la narración, la proximidad con el objeto y el logro de un ideal (armonía, belleza, plenitud, justicia...). Pero, por otro lado, esas mismas disciplinas, están fuertemente imbuidas por la tradición científica que las obliga a someterse a una vigilancia constante y al rigor de enunciar y respetar las normas que guían el proceso investigativo, la aplicación de criterios de interpretación no valorativos, el examen de la validez de sus enunciados y la búsqueda de la eficacia. Evidentemente, la dificultad de

articular esos dos horizontes tan divergentes es el escenario en cual se intenta brindar explicaciones sobre el hombre y la sociedad.

Segundo, la sociología (que sin duda es la disciplina social con mayor impacto en el mundo moderno luego de la economía) está atravesada por una tensión fundacional que ha condicionado las preguntas y obsesiones de los sociólogos durante todo el siglo veinte. La sociología nació a partir de una matriz epistemológica con fuerte contenido conservador (la apelación al orden y a las estructuras) pero su proyecto político es producto del ideal de emancipación democrático- liberal. Más allá de la discusión historiográfica acerca de si esta disciplina es hija o madre de la revolución francesa, la sociología expresa el legado de esta revolución y aspira a cumplir el mandato de igualdad, libertad y fraternidad, pero recuperando el orden que el ciclo revolucionario había puesto en cuestión.

A partir de allí, los padres fundadores de la sociología (sin entrar a analizar la operación intelectual de designar a unos y no a otros como clásicos) buscaron lograr esta meta no sin pocas dificultades; y toda la teoría social subsiguiente debió lidiar con esta presión por explicar la acción humana a partir de la determinación de las estructuras sociales (en una clara apuesta por una posición objetivista), pero sin negar la capacidad autónoma y creadora de los individuos (recuperando cierta perspectiva subjetivista), sin la cual no es posible pensar el orden democrático y la ciudadanía en la modernidad. Gran parte de esta tensión se expresó en la dicotomía entre los enfoques cualitativos y cuantitativos, que no vamos a discutir aquí, salvo indicar que ese fue un antagonismo banal, que, por suerte, ya está superado. No puede entenderse el debate sociológico actual sin tener en cuenta esta dimensión de la contradicción fundacional del pensamiento sociológico. Todo el proyecto teórico de nombres como Anthony Giddens o Pierre Bourdieu, y el uso de conceptos como agencia y habitus responden, respectivamente, a esta necesidad de explicar el cambio social dándole un simultaneo peso a las estructuras y a los sujetos.

Tercero, la confluencia de estas tradiciones diversas ha derivado en una fuerte dicotomía en la forma de pensar el trabajo de los intelectuales. Por un lado, se ha recuperado el rol intelectual más tradicional de aquellos individuos que apelan a la antigua tradición, ya enunciada, para legitimar sus intervenciones públicas desde un pensamiento crítico, capacidad de autonomía institucional y el cumplimiento de ideales valorativos. Por otro lado, junto al proceso de burocratización del estado moderno y la especialización de la ciencia occidental, ha surgido un nuevo tipo de “hombre de ideas”, el experto, que apelando a la tradición científica, reclama como fuente de legitimidad de sus opiniones la búsqueda de la eficiencia, el rigor técnico- metodológico y la neutralidad axiológica. Estos dos grupos aparecen como antagónicos, y pueden situarse históricamente en las figuras de Theodor Adorno y Paul Lazarsfeld.

Sin embargo, esta distinción no se corresponde con una oposición real. Existe una variada literatura que explica a intelectuales y expertos como categorías complementarias, cuyas divergencias se deben a los distintos canales institucionales por los que circulan y que existe un fluido diálogo entre ellos, e inclusive, la labor de

individuos que cumplen simultáneamente ambas tareas. Quien podrá dudar que Adorno era un experto en teoría social (aunque a él le costara reconocerlo). Además, como se sabe, Lazarsfeld nunca renunció a identificarse como un intelectual, pero su esfuerzo estaba puesto en legitimar su conocimiento experto. Por otra parte, en el mundo moderno actual, los intelectuales que pueden identificarse como tales y logran legitimidad para intervenir públicamente, lo son precisamente porque han sabido demostrar un saber especializado que los ha posicionado previamente como “exitosos” expertos, y, además, son conscientes de la doble labor en este sentido. En general, no se puede ser un gran experto si no se tiene gran capacidad intelectual, y, como se puede esperar, lo mismo ocurre a la inversa.

Luego de este recorrido de tradiciones y antinomias más generales, hay un cuarto elemento de contenido local. En Argentina, la discusión sobre el mundo de las ideas está claramente influenciada por la fuerte disputa entre las tradiciones reformistas y anti-reformistas. Sin duda, esta divergente interpretación sobre el proceso y el impacto de la reforma universitaria de 1918 ha marcado la agenda sobre la dinámica universitaria, y, por supuesto, el debate sobre las ideas, el conocimiento y el rol de los actores encargados de interpretar la realidad argentina. Las posiciones son conocidas: Por un lado, un sector defensor del ideario reformista de co-gobierno y autonomía universitaria, educación laica, y fuerte espíritu anti-estatista, que tiene como evangelio al manifiesto liminar y ha contado al proceso como una gesta heroica. Por otro lado, otro grupo intelectual que, a partir de la década de 1940 y el accionar intelectual de Arturo Jauretche, ha reinterpretado, en otro sentido, la democratización del sistema universitario local, denunciando la reforma como traición y la autonomía como aislamiento, lo que ha derivado en un pedido por ampliación del sistema, control estatal y mayor compromiso social.

Ambos sectores fueron irreconciliables durante años. Risieri Frondizi, a principios de la década de 1970, intentó articular las dos tradiciones a partir de un reformismo con contenido social, pero no fue leído con atención dentro de un clima intelectual que tenía otras prioridades. Diez años más tarde, las pugnas continuaron pero ambos sectores se robaron banderas y eslóganes (gratuidad, elección por claustros, acceso irrestricto), para llegar a fin de siglo con un sistema universitario argentino en crisis. La nueva Ley de Educación Superior de 1995 intentó con éxito muy parcial la articulación de estas dos tradiciones, pero fueron los nuevos tiempos (¿y el cansancio de un enfrentamiento inútil?) que ha clausurado el debate por caduco. El futuro de las universidades depende de la recuperación de los mejores elementos de la tradición reformista y anti-reformista. Pero es necesario tener en cuenta esta disputa para comprender la tarea de los intelectuales argentinos en el pasado y en la actualidad. Pero este análisis no puede reproducir ese enfrentamiento, y quien lo haga tiene el reloj histórico atrasado varias décadas. La aparición reciente de cierto populismo académico ha equivocado el camino por querer recuperar una vieja discusión. No hay duda que la batalla entre ambas tradiciones ya esta superada.

Por último, es necesario introducir un quinto punto. La sociología argentina, y por extensión el resto de las ciencias sociales y humanas, es producto de una dinámica histórica caracterizada por un proceso de institucionalización relativamente temprano,

semejante a la experiencia europea y norteamericana, pero un proceso de profesionalización muy tardío, que difiere del patrón internacional. Los avatares institucionales y las dificultades de establecer una comunidad científica con capacidad de diálogo y de imposición de mínimos acuerdos y consensos institucionales, han marcado y marcan las trayectorias de los intelectuales locales. Pero mucho de ello se explica por la presencia simultánea de divergentes tradiciones intelectuales que pugnan por definir (por acción u omisión) los campos disciplinarios y profesionales.

Regresando al caso de la sociología nativa, en los últimos cincuenta años, se pueden identificar tres tradiciones diferentes que se han enfrentado por la definición del papel de la sociología y los sociólogos: la sociología científica, basado en la tradición científica y legado institucional e intelectual de Gino Germani; la tradición nacional (que no me atrevo a llamar nacional- populista), fundada a partir de la acción de las llamadas cátedras nacionales y su ruptura con la tradición anterior; y finalmente, una tradición de izquierda de contenido (naturalmente) socialista pero con ciertos componentes liberales reformistas. Este último grupo es mucho más heterogéneo (aunque todos lo fueron de cierto modo) lo que permitió que una parte pudiera dialogar con la tradición de Germani, mientras otros prefieran acordar con las cátedras nacionales.

Estas tres tradiciones fueron evolucionando y se alternaron en la dirección de las instituciones de la sociología, pero no fueron capaces de establecer un diálogo plural, lo que convirtió a la disciplina en un espacio institucional fragmentado y (casi) esquizofrénico. El futuro de la sociología local depende de la posibilidad de acuerdos entre estos grupos y su capacidad para enfrentar los desafíos de la profesionalización y la formación de postgrado, la expansión de un mercado laboral en expansión (académico, público- estatal y privado) y la respuesta a una demanda de actores sociales y políticos que ahora puede percibir que los sociólogos no son una amenaza sino que pueden contribuir legítimamente al conocimiento de la realidad social, y de este modo, ayudar al diseño de las políticas públicas.

De esta forma, la discusión sobre los intelectuales argentinos debe tener en cuenta estas tradiciones y antagonismos. Pero, al mismo tiempo, los intelectuales mismos deben ser conscientes de las propias contradicciones de las visiones que guían su tarea como “hombres de ideas” y su misión de generar respuestas frente a la incertidumbre, ofreciendo conocimientos socialmente válidos y soluciones a las situaciones de desigualdad. En este sentido, los intelectuales deben ampararse en esas tradiciones, buscando articular (lo que no es nada fácil) la tradición intelectual con la tradición científica. Por lo dicho, el rol del intelectual (como miembro del mundo académico y una comunidad institucionalizada) no debe descuidar la apelación a la ciencia y su rigurosidad, pero ello no significa que tenga que renunciar al compromiso y al deber por intervenir en el debate público en nombre de valores universales. Por otro lado, se puede ser al mismo tiempo un experto y tener espíritu crítico; se puede trabajar en el estado y defender el rol intelectual: la ética de la responsabilidad permite un equilibrio que no hay que perder entre las diferentes tradiciones.

Los científicos sociales no son otra cosa que eso, practicantes (profesionales) de disciplinas que abrevan en la ciencia y son resultado de la dinámica histórica de la ciencia y el estado en occidente, pero tienen un compromiso con el objeto que estudian que los obliga a tener una actitud vigilante (beligerante) con la realidad que estudian y enfrentan. Para entender a los intelectuales hay que entender el pasado de las disciplinas y los campos, pero no hay debate intelectual rico y fecundo sin la reconciliación de las diferentes posiciones y la negación de antinomias inútiles. Es necesario, entonces, recuperar la riqueza de las tradiciones, pero ello es posible sólo en un clima de tolerancia y diálogo permanente, lo cual ha estado ausente en las ciencias sociales y humanas en Argentina por muchas décadas, lo que parece (y es deseable) ha empezado a cambiar.